



Homilía en la Misa de Apertura del VI Capítulo de las Esteras Under Ten OFM

Santa María de los Angeles, 5 de julio de 2026

Estimados hermanos y hermanas,

¡el Señor les dé la paz!

Esta celebración eucarística tiene un significado especial para nosotros, los frailes franciscanos. Con ella, inauguramos el VI Capítulo de las Esteras Under Ten, el cual reúne aquí en la Porziuncola a aproximadamente 130 Frailes Menores jóvenes provenientes de los cinco continentes, junto con los frailes del Gobierno general de la Orden.

Esta reunión se llama Capítulo de las Esteras, en memoria de los capítulos o asambleas que San Francisco y sus hermanos celebraban periódicamente aquí, en la Iglesia de Santa María de los Ángeles, para dialogar y tomar decisiones sobre su vida y misión. Uno de estos capítulos se conoce como el Capítulo de las Esteras porque fue uno de los últimos en los que participaron todos los frailes de la Orden, varios miles, tantos que tuvieron que alojarse en chozas de esteras preparadas para ellos alrededor de la pequeña Iglesia de la Virgen.

Al celebrar ochocientos años del Tránsito de San Francisco, el VI Capítulo de las Esteras para hermanos menores de diez años de profesión solemne busca, ante todo, ser una experiencia concreta de fraternidad internacional e intercultural, un signo de la belleza de un carisma que continúa uniendo a hermanos de diversos pueblos, lenguas y culturas.

También busca ser un tiempo de escucha y discernimiento compartido, en el que las esperanzas, interrogantes y desafíos que enfrentan los jóvenes frailes puedan ser acogidos e iluminados por el Evangelio, para que surjan caminos y propuestas para el futuro de nuestra fraternidad y nuestra misión.

No es casualidad que este encuentro tenga lugar en la Porciúncula. Aquí nació nuestra Orden. Aquí Francisco comprendió más profundamente su vocación. Aquí recibió a los primeros frailes. Aquí se reunía con ellos dos veces al año para buscar juntos la mejor manera de servir al Señor Dios. Aquí, hace ochocientos años, eligió regresar para concluir su peregrinación terrena.

Francisco estaba convencido de que la Virgen María amaba esta pequeña iglesia con un amor especial. Y quería que los frailes volvieran siempre aquí, a la fuente, cuando necesitaran encontrar de nuevo su camino.

En definitiva, todos necesitamos volver periódicamente a la fuente. Necesitamos redescubrir lo que da sentido a nuestras vidas, lo que sostiene nuestra fe, lo que renueva nuestra esperanza.

Y a todos nosotros hoy, Jesús nos dirige unas palabras que parecen escritas para este momento: «Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso».



Jesús no dice: vengan a una doctrina, a un sistema de ideas, a un conjunto de reglas. Dice: vengan a mí. Y añade: «Todos los que están cansados y agobiados».

¿Quién de nosotros no lleva alguna carga en el corazón? Están las dificultades de la familia, del trabajo, de la enfermedad, de las relaciones difíciles. Están las preocupaciones por el futuro, las heridas del pasado.

Los frailes que participan en este encuentro también traen sus preguntas y luchas: el deseo de ser fieles a la vocación que recibieron, los retos de la misión, la vida fraterna, las responsabilidades pastorales, quizás recibidas demasiado pronto, las transformaciones culturales de nuestro tiempo, las guerras que ensangrentan el mundo, las múltiples formas de pobreza material y espiritual que encontramos a diario.

Queridos hermanos frailes, quisiera recordarles que antes de ser evangelizadores, somos discípulos. Antes de ser responsables de algo, somos hermanos llamados por Alguien. Antes de llevar el Evangelio a los demás, debemos permitir que el Evangelio vuelva a llegar a nuestros corazones.

Por lo tanto, la respuesta de Jesús es la misma para todos: «Vengan a mí».

La segunda invitación es: «Aprendan de mí». Y aquí Jesús nos sorprende. No dice: «Aprendan de mí a hacer milagros o a pronunciar palabras hermosas». No dice: «Aprendan de mí a ser fuertes o poderosos». Dice: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón». Esta es la verdadera fuerza del Evangelio.

Francisco de Asís también quedó fascinado por esta lógica de Dios, la lógica de las bienaventuranzas. Comprendió que la verdadera grandeza no consiste en dominar, sino en servir; no en poseer, sino en dar; no en ponerse en el centro, sino en dejar espacio para Dios y para los hermanos.

La Porciúncula es el santuario de los pequeños. Según sus biógrafos, San Francisco amaba la Porciúncula porque allí contemplaba, de manera visible y concreta, el camino de María: humildad, pobreza, disponibilidad y aceptación de la gracia divina. Cuando Tomás de Celano relata la elección de la Porciúncula por parte de Francisco, escribe: «pequeño de talla, humilde de alma, menor por profesión, estando en el siglo escogió para sí y para los suyos una porcioncilla del mundo...» (2C 18). Por lo tanto, la capilla es pequeña, Francisco se consideraba pequeño y deseaba que la fraternidad también lo fuera.

La mayor tentación para cada generación franciscana es olvidar la gracia de la minoridad, buscando seguridad en el rol, el prestigio, la eficiencia, las estructuras, las habilidades y la tecnología.

El Evangelio nos recuerda a todos los cristianos que el Reino de Dios crece, ante todo, a través de los pequeños. Esta pequeñez evangélica no es debilidad, sino libertad. Es la conciencia de que todo es gracia. Es la capacidad de confiar en Dios más que en las propias certezas.

Por esta razón, Jesús, al comienzo del Evangelio, da gracias al Padre porque los misterios del Reino se revelan a los pequeños. Los pequeños no son ingenuos, sino aquellos con el corazón abierto. Son aquellos que saben que necesitan a Dios, que pueden descubrir y maravillarse ante los signos de su presencia en el mundo, aquellos capaces de abrirse y escuchar a los demás, siempre dispuestos a dejarse guiar por los valores del Evangelio.



La primera lectura, tomada del profeta Zacarías, nos muestra a un rey sorprendente: «Mira, tu rey viene a ti. Justo y victorioso, humilde y montado en un asno». Un rey que destruye las armas incluso de Efraín y de Jerusalén y que anuncia la paz para todos los pueblos.

Nos recuerda que Dios salva al mundo sin la fuerza de las armas. Su poder se manifiesta en la humildad. Su victoria se obtiene a través de la mansedumbre. Su realeza se expresa en el servicio. ¿Acaso no es esta la profecía que Francisco encarnó con toda su vida?

En un mundo marcado por la competencia, la polarización, la violencia y la guerra, el carisma franciscano sigue siendo extraordinariamente oportuno. Nuestros hermanos venidos de países heridos por la guerra o el conflicto lo saben bien. Nuestro mundo necesita hombres y mujeres que proclamen la paz no solo con palabras, sino con su forma de vida. La paz que Jesús nos da no es simplemente la ausencia de conflicto. Es una vida reconciliada con Dios, con los demás y con uno mismo. ¡Cuánta paz necesitamos hoy! Es esta paz la que Francisco recibió del Señor, y es esta paz la que buscó difundir por todas partes.

Queridos hermanos y hermanas, encomendémonos todos a la intercesión de la Virgen María, a quien aquí en la Porciúncula veneramos como Nuestra Señora de los Ángeles. Al comienzo de este encuentro, pidamos para nuestros frailes la gracia de la fidelidad y la alegría del Evangelio. Pidamos la gracia de la unidad y de la fidelidad en la misión para la Iglesia. Pidamos el don de la paz para el mundo.

Así, al regresar a nuestros hogares y a nuestras comunidades, podremos llevar en nuestros corazones la misma certeza que sostuvo a San Francisco: que Dios sigue obrando grandes cosas a través de quienes se confían a Él con humildad y sencillez. Amén.

Fr. Ignacio Ceja Jiménez, OFM

Vicar general